ESCUELA MODERNISTA

¡AÑORANZA!

POR

M. Urgell.

DOS PESETAS

MODERNISMO (*)

¡AÑORANZA!



! !

1899

(*) Véanse las páginas 61, 62, 63 y 64.

¡AÑORANZA!

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

DE

MODESTO URGELL



BARCELONA

IMPRENTA «LA CATALANA» DE J. PUIGVENTÓS
Dormitorio de San Francisco, 5

1899

Al Sr. D. Luis Dolsa,

Agradecido á los atinados consejos, que para esta obra se dignó darme, su amigo afectísimo

El Autor.

Esta obra, escrita en catalán, con el título de

LLUNY DELS ULLS APROP DEL COR

fué estrenada en el teatro Principal de Barcelona, durante la temporada de 1898, bajo el siguiente

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
D.ª ISABEL.	D.ª C. de Mena.
Srta. CARMEN..	Srta. C. Domus.
D.ª FILOMENA.	D.ª A. Moner.
FRANCISCA.	Srta. E. Morera.
PEPA..	» C. Galcerán.
D. PABLO..	D. A. Tutau.
Srto. CÁRLOS.	» M. Salvat.
D. RAMÓN.	» E. Jimenez.
MAURICIO.	» V. Barceló.

UNA HERMANA, UN NÚMERO

La escena en Barcelona: 1896.

3 AGOSTO

ACTO I

La escena representa una habitación elegante; puerta foro derecha, que conduce al recibimiento, y puerta foro izquierda que conduce al interior, jardín, etc., etc. Otra primer término derecha, habitación de Cárlos y otra izquierda habitación de Carmen; segundo término derecha, balcón; segundo término izquierda, habitación de D. Pablo y D.ª Isabel. Piano abierto; mesita con tintero, papeles y libros revueltos; butacas fuera de su sitio; alguna silla caída ó rota, etc., etc., todo en el más completo desorden.

Al levantarse el telón, la escena solitaria, durante dos minutos, reinando absoluto silencio, interrumpido únicamente por el tic...! tac...! tic...! tac...! del péndulo. Dan las diez... pausa.

Derecha é izquierda la del actor.

ESCENA I

PEPA, andando de puntillas, CARMEN, dentro, luego MAURICIO

PEPA. No hay nadie, mejor; completa quietud; nada, mejor que mejor; los amos duermen, con seguridad; y... Mauricio habrá



salido...? No le he visto esta mañana, no importa, ánimo... Si estará durmiendo también la señorita? Probemos. (Llamando junto al cuarto de Carmen.) Señorita; señorita Carmen.

CARM. (Dentro.) Eres tú, Pepa?

PEPA. Sí, soy yo, no hay cuidado, todos duermen.

CARM. Estás segura?

PEPA. Segurísima; nada tema. Quien dijo miedo.

CARM. (Abriendo apenas, le da una carta.) Toma, escóndela, que no te vean.

PEPA. Descuide V., ya está en el buzón. (La esconde en el pecho.) Si le parece buena la hora, ántes de las tres.

CARM. Sí, muy buena; no faltes.

PEPA. Ya V. sabe; el pañuelo encarnado y otro blanco, significa...

CARM. Lo sé; no te entretengas.

PEPA. No olvide V. la mantilla.

CARM. (Cerrando.) Sí! sí, sí; véte. (Mutis Pepa foro izquierda.)

MAU. (Foro derecha.) Ay! Ay! Cuando yo lo digo; si no hay por donde cogerla! Vaya una moza más desahogaaa...! Afortunadamente ya estamos enterados y al corriente de tus intríngulis... descuida, zorra, que ya se ta acaba... No metamos ruido; así á la chita-callando jaré la limpieza... Ya no se oyen gritos ni lloros... Nada, silencio absoluto... Estarán durmiendo entodavía... Jacen bien, después de la argasara da anoche..., es decir, de toas las noches... y de toos los días, si esto no es vida..., la verdad es que no sé como

pueden soportarlo, y si no fuera por la ley que tengo á los amos, jace ya mucho tiempo que... ¡Jesús! y como está too..., (Arreglando las sillas.) Si parece *un campo d' agramante*. Vamos, no hay duda, el jaleo d' anoche fué creciendo jasta denpues que el ceñor nos mandó acostar, (Ordenando la habitación.) porque dende que estoy en esta casa, no s' había visto cosa igual! Ay...! maresita de mi arma! toa la tinta por encima de los papeles y documentos... (Arreglándolos) Pues no dicen que esto significa una desgracia! no fartaba otra cosa, «un mal agüero,» como dice Tomasa. Cuando el amo despidió aquel trasto, lo primero que dijo fué eso «del mal agüero,» y después, cuando vimos aquel avejorro tan negro, revoloteando á la vera de la luz, también dijo lo mesmo, y casi tiene razón, porque en esta casa jase ya mucho tiempo que too son mardiciones y quejas y pesahumbres... (Aparece Pepa con su lío de ropa.) Hola, eres tú? Mala pécora... Esta sí que es ave de mal agüero.

PEPA. ¿Qué dice V. que soy? Qué murmura?

MAU. Si no murmuro; ar revés, jablo muy alto y clarito.

PEPA. Bueno; pues ya sabe: conmigo no se meta.

MAU. No tengas ningún cuidao; hoy s' acaba too.

PEPA. Cualquiera diría que le estorbo.

MAU. Pues diría la verdad.

PEPA. Y qué gracioso es V.

MAU. Siempre has tenido tú mucha penetración.

PEPA. Por supuesto... Vaya! vaya. ¿Y los señores, están durmiendo?

MAU. Y yo que sé.

PEPA. Y... los señoritos?

MAU. Tu lo zabrás.

PEPA. Yo...? No sé por qué? Vaya unas maneras de hablar alto y clarito... Cómo sigue D.ª Isabel?

MAU. Eso se lo preguntas á los señoritos.

PEPA. Perdone el señor menistro; V. sí que tiene mucha penetración.

MAU. Toma, toma, ya lo creo; como que jasta soy capaz d' adivinar la cartita que t' ha dao la ceñorita pa el mono rubio; ves tú como estoy al cabo de la calle.

PEPA. Verá; á mi no me enrede.

MAU. Quien te va á desenredar á tí, va á ser er ceñor, y en luego D. Ramón y deseguida D.ª Filomena.

PEPA. Ni á D. Ramón ni á D.ª Filomena, tengo yo que dar cuenta de mis actos, y á V. menos.

MAU. Ni ar ceñor tampoco, por supuesto.

PEPA. Eso, según y conforme, como dicen en esta casa; porque vamos al decir, qué culpa tiene una si le manda la señorita...

ESCENA II

Dichos, D. PABLO (sale de su cuarto.)

PAB. Pts...! Desgraciada...! Si de cuanto ha pasado con la señorita, te atreves á decir

una palabra, juro arrancarte la lengua. ¿Está ya eso?

PEPA. Sí, señor; ¿si quiere V. ver la ropa?

PAB. Largo, ó te echo á puntapiés.

PEPA. Que VV. lo pasen (Mutis, Pepa.) bien.

MAU. La del humo y viento en popa.

PAB. Mauricio, confío en que por tu parte...

MAU. Nunca, D. Pablo; no faltaría más! Dios me libre... ¡Ni esto!

PAB. Te supongo enterado de cuanto pasó ayer, y... creo inutil decirte...

MAU. Como si no; nada, D. Pablo, calle V. por Dios...! Pobre ceñor.

PAB. Al señorito le dices que para nada salga de casa; que yo lo mando.

MAU. Pierda V. cuidiao... Y á D. Ramón?

PAB. Sube á ver si está. (Llaman.) Han llamado... Será él.

(Mauricio va á abrir y vuelve con D. Ramón.)

ESCENA III

D. PABLO, D. RAMON, Mauricio en segundo término.

PAB. Iba á subir.

RAM. Para qué ..? Ya te dije que yo cuidaría de todo.

PAB. Tienes los recibos?

RAM. Sí, hombre, sí; y recogidas las firmas.

PAB. Como las firmas...? La firma, querrás decir.

RAM. Las firmas; había cuatro.

PAB. Lo ves, lo ves? y D. Ricardo?

RAM. D. Ricardo nada sabe, ni es fácil que lo sepa; cree que tu resolución es consecuencia de lo sucedido entre Cárlos y su madre; por otra parte, no le sorprende que antes de salir para Londres le impongas un severo castigo.

PAB. (Receloso.) ¿Y del lance entre...

RAM. Ni una palabra; Mr. Delonay es el único, y puedes estar seguro que por él nadie sabrá nunca...

PAB. Ay! Ramon; son ya muchos los que lo saben.

RAM. Nada temas; Mr. Delonay dice lo que yo: el chico es joven; calaveradas.

PAB. No; no le defiendas; sería inútil... y Cármen? Qué merece esa maldita.

RAM. Pts...! Más bajo; quedo, por Dios...! puede enterarse Isabel; ¡pobre Isabel! Cómo sigue?

PAB. Qué se yo; ha dormido mal: es decir, no ha dormido, ha llorado... ¿Quieres verla?

RAM. Luego; en cuanto baje mi hermana... ¿Tú sales?

PAB. Sí; me aguarda el coronel; puedes quedarte.

RAM. Ahora no; te acompañaré cinco minutos y vuelvo.

PAB. (Mirándole fijamente.) Tú no lo has dicho todo! Aun hay más...? Por Dios! Ramón.

RAM. Pts..! Calma! Calma; ven, salgamos... (Bajo.) Aquí no.

PAB. Válgame Dios...! ¿Qué hice yo para merecer...?

RAM. Vamos, Pablo! Vamos y no te sulfures.

ESCENA IV

MAURICIO; luego ISABEL, se deja caer en la butaca.

MAU. Pobre amo mío! Eso son disgustos... Tan bueno... Vaya, estos chicos no tienen perdón de Dios... Claro, como que too se lo consienten... Apuesto yo estas á que no va er ceñorito ar quartel, ni la ceñorita ar convento; quiá...! Quien se irá será D. Pablo... lo mesmo que el año pasao... y ar fin y á la postre too lo pagará la señora, como siempre. (Pausa) ¿Cómo está V., D.ª Isabel?

ISAB. Débil... Fatigada.

MAU. ¿Tampoco pudo V. descansar esta noche?

ISAB. Tampoco... ¿El señor ha salido?

MAU. Sí, señora: se fué con D. Ramón y me encargó dijese al señorito que no salga de casa jasta nueva orden; creo que esta mesma mañana...

ISAB. Sí, sí: lo sé; basta, Mauricio; no hablemos más de ello. Vírgen Santa, amparadme. (Pausa.)

MAU. ¿Desea la señora le sirva el chocolate?

ISAB. Como quieras.

MAU. Se lo serviré aquí mesmo, y ánimo; estará más recojía. (Mutis.)

ISAB. Bueno! (Mirando el péndulo.) Las diez y media. ¿Dormirán todavía? No es fácil;

cuanto más la hora se aproxima, menos fío en mis fuerzas...! Tendré valor...? Podré soportarlo? Hágase tu voluntad, Dios mío...! Aquí está Carmen.

ESCENA V

D.ª ISABEL, CARMEN; por la izquierda MAURICIO, con el chocolate.

CARM. ¿Está en casa papá?

ISAB. No, hija no; ha salido con D. Ramón.

MAU. Cuando guste la señora.

CARM. ¿Y mi chocolate, donde está? Qué hace Pepa...? No oyes...?

MAU. Si Pepa se lo ha de servir tiene pa rato la señorita.

CARM. ¿Qué quieres decir?

MAU. Que está ya despedida pa siempre.

ISAB. Toma, Carmen, toma el mío.

MAU. Magnífico...! Y la señora?

ISAB. No; si es que no tengo apetito.

CARM. Pues vé, llévalo á mi cuarto. (Mutis, Mauricio) Dime, mamá: ¿Qué ha pasado esta mañana?

ISAB. ¿Esta mañana?

CARM. Sí; no te hagas la desentendida.

ISAB. Ay! hija, solo he visto á Mauricio.

CARM. Qué casualidad. (Mutis)

ESCENA VI

D.ª ISABEL casi llorando, luego CARLOS

ISAB. Escucha, Carmen, escucha... Ni una frase de cariño! Ni un beso...! ¡Nada!

CÁRLOS. ¿Está fuera papá?

ISAB. Sí, Cárlos, y me encargó te dijera que para nada salgas de casa.

CÁRLOS. Eso quiere decir que tu ya le has contado....

ISAB. Ay! Cárlos, ni media palabra; puedes estar seguro.

CÁRLOS. Tú lo sabrás.

ISAB. Lo que sé es que todo se descubrió; que por poco tenemos que llorar una desgracia; que tu papá está furioso, que no he dormido esta noche y que entre todos acabareis conmigo.

CÁRLOS. Bien, vamos al caso: ¿me das ó no los cincuenta duros?

ISAB. ¿Y de donde quieres que los saque?

CÁRLOS. ¿De donde los sacas para comprar vestidos, sombreros y tantos perifollos, como llevaba el jueves tu Carmencita?

ISAB. Pues de los treinta duros que me dió tu papá.

CÁRLOS. Treinta duros? Ja! Ja! Te figuras que estoy en Babia; eso es, para Carmen todo, para mi nada, y cuidado que se trata de un asunto de honor, porque los debo bajo palabra...

ESCENA VII

Dichos, CARMEN

CARM. Sí, bajo palabra de jugador.

CÁRLOS. Carmen, Carmen, acuérdate de ayer y no volvamos á las andadas... Mamá, á todo trance necesito ese dinero.

ISAB. Pero hijo mío, si no tengo un céntimo. Si supiera tu padre lo que por tí estoy debiendo.

CÁRLOS. ¿Y por Cármen, no debes nada?

CARM. Que no te metas conmigo.

CARLOS. Me da la real gana y se acabó.

CARM. Pues yo diré á todo el mundo que juegas, que no vas al despacho, que te han echado.

CÁRLOS. Cállate, deslenguada. Siempre de féria en el balcón, haciendo señas á esos memos, coqueteando descaradamente; sin vergüenza... ni...

CARM. Cárlos, mira que lo digo todo.

CÁRLOS. Qué vas á decir tú, charlatana?

ISAB. Cárlos! Carmen! Por todos los santos del cielo; me estais matando.

ESCENA VIII

Dichos, D.ª FILOMENA

FIL. ¿Qué escándalo es este? Otra vez...? Es que no teneis entrañas? Ay! Que tonta eres, conmigo habrían de entenderse.

CÁRLOS. D.ª Filomena, ya está V. de más aquí.

FIL. Perfectamente, muy bien; y V. señorita Carmen...

CARM. Cuide V. de su casa.

ISAB. Carmen! Cárlos!

FIL. Déjalos, déjalos; no temas, no van á comerme. Es esta la educación que habeis recibido? Así pagais?

CÁRLOS. D.ª Filomena, se calla V. ó soy capaz...

ISAB. Hijo!!!

ESCENA IX

Dichos, D. RAMON

RAM. ¡Cárlos! De lo que eres capaz, todos lo sabemos.

CÁRLOS. Es decir que...

RAM. Basta!

CARM. Mamá, cuando venga papá que estoy en mi cuarto.

CÁRLOS. Y yo en el mío. (Mutis cada cual por su lado.)

RAM. Pobre Isabel! Cuan digna de lástima es V.

FIL. Hija mía, yo no quisiera añadir á tu aflicción más de cuanto sucede, alguna culpa se te alcanza; no siempre puede Pablo ocuparse de sus hijos, á quienes todo lo consientes; los mimas demasiado y ya ves como te lo agradecen, abusando de tu bondad.

ISAB. Basta, basta por Dios, no puedo más; ni sé tratarlos de otra manera ni me importa de ellos mas que el cariño que inutilmente procuro conquistar... Responden á mi afecto con el hielo de la indiferencia... Hoy ni se han dignado preguntar por mi salud; ya comprenderás, Filomena, que todo esto lacera mi corazón.

RAM. No llore V., Isabel, acabará por perderla enteramente y nadie lo pagará mas que V... A ver el pulso; pero qué? no ha tomado nada todavía? Por Dios! Hija, eso no puede continuar... si no nos cuidamos... Mira, Filomena, acompáñala al comedor, distráela, haz que tome una taza de caldo, un vaso de leche y luego unos bizcochos con vino. Vamos, vamos, tranquilícese. Si salen yo me encargo...

ISAB. Ay! Ramón! sobre todo...

RAM. Nada tema; ya sabe V. como lo arreglo, por la buena; confíe V.

FIL. Déjala por mi cuenta. Ven, hija, ven... ánimo, Isabel. Qué diantre, tras la tempestad viene la calma. (Mutis las dos)

ESCENA X

D. RAMON, MAURICIO, luego CARLOS y CARMEN

RAM. Mucho! Mucho cuidado me da esta pobre Isabel. (Timbre.) Oye, Mauricio: en cuanto la señora haya tomado el caldo, prepararás una toma con dos papelitos; supongo los habrá todavía.

MAU. Cí, ceñó; y aluego, á las dos horas, otro.

RAM. Eso es; como ayer.

MAU. Hay que echarle también unas gotas de éter?

RAM. Vaya, seis gotas; te acordarás?

MAU. Descuide V., D. Ramón.

RAM. ¿Qué tienes que hacer ahora?

MAU. Pue, lo que V. me mande.

RAM. Ya lo sabes: cuidar á la señora... y que estés pronto para cuando llegue el señor. No puede tardar, hay que prevenirlo todo..., y que Dios nos ayude.

MAU. Todo está ya dispuesto, D. Ramon.

(Mutis Mauricio.)

RAM. Vamos á ver como lo toman. (Llamando.) Carmen...! Carmen! Haz el favor... Cárlos; sal tu también.

CÁRLOS. Qué quiere V.; nada tengo que hacer aquí.

CARM. Ni yo.

RAM. Ven, hombre, ven y escucha; y tú, Carmen, también, escuchadme los dos: sea-

mos buenos amigos. Si os llamo es para vuestro bien. Esta mañana he visto á vuestro padre; lo sabe todo...! (Con intención á uno y á otro.) Todo! A no mediar yo os mata. Ya conoceis su carácter. Está decidido; yo hice cuanto pude para evitar un nuevo disgusto á vuestra pobre madre.

CÁRLOS. No: si por mi no ha de tener ningún disgusto; que me toca ser soldado y papá quiere que vaya, pues iré y se acabó. Por lo que me divierte la vida que llevo metido en mi cuarto, haciendo siempre el papel de traidor!

RAM. Ay! Pobre Cárlos! Cree que me das lástima... Y tú, Carmen?

CARM. Sí, ya lo sé: al Sagrado Corazón, con Sor Adela. Pero lo que es monja, ca! Que no lo seré nunca, jamás! Jamás! Jamás!

RAM. Carmen..., que no tienes vocación lo sabemos hace ya mucho tiempo, quizá demasiado, pero no se trata ahora de eso. Lo que tu padre quiere, es hacerte cambiar de vida, sujetarte por una temporada. Sor Adela es muy buena, pero tiene carácter, mientras que vuestra madre...

CARM. Sí: la mataría á disgustos; también hace tiempo que lo sabemos.

RAM. Entre los dos quizás sí la mataréis.

CÁRLOS. Esta tiene mucha más culpa que yo! Mucha más! Claro: como que es su ojito derecho, ella...

CARM. Ella qué? Ella qué? Qué hago yo, vamos á ver? Qué he hecho? Que me paso el día en el balcón; que descuido la casa, que no me gusta coser; pues mira Cárlos, soy

así, no lo puedo remediar; confieso que todo ello es horroroso, criminal.

CÁRLOS. De si es ó no es criminal ya está enterado papá.

CARM. ¿Y de tus estafas, no está enterado?

CÁRLOS. Carmen! Carmen!

CARM. Jugador, tramposo.

CÁRLOS. Cármen! Que haré un disparate.

RAM. Basta ya! No griteis; si se entera vuestra madre...

CARM. Que se entere, mejor, y á mi qué.

CÁRLOS. Lo está V. viendo? Claro, como que sabe que cuenta con su apoyo!

CARM. Sí, sí: jugador, estafa y ladrón.

CÁRLOS. Carmen! Como hay Dios, callarás.

(Le da un bofetón.)

RAM. ¡¡¡Cárlos!!!

ESCENA XI

Dichos, D.ª ISABEL, D.ª FILOMENA, luego D. PABLO, seguido del número y la recadera.

IS. Y FIL. ¿Qué es esto? Qué sucede? Carmen! Cárlos...! Hijos...!

CARM. Mamá, me ha pegado.

CÁRLOS. Mentira.

FIL. Mal corazón.

CÁRLOS. La mataré. (Todo muy rápido.)

RAM. Vuestro padre.

PAB. (Pausa.) Cárlos: sigue al señor; ya sabe ingresa como recluta en el regimiento de Navarra. Cárlos... (Indicándole con una mi-

rada á su madre. á quien besa la mano. Luego mutis Cárlos.) Señorita Carmen! Ahí tiene V. quien la conducirá al convento. Sor Adela queda autorizada desde este instante para ser su única y exclusiva superiora. (Mutis falso.)

FIL. Ni un adiós á su mamá?

CARM. No quiero darle más disgustos.

PAB. (Imponiéndose.) ¡Señorita Carmen...! (Carmen se acerca tímidamente á su madre; ésta le da un beso en la frente y exclama intercediendo:) ¡¡¡Pablo...!!!

PAB. (Con energía.) Abajo espera el coche. (Mutis Carmen.)

ESCENA XII

D. PABLO, D.ª ISABEL, D. RAMON D.ª FILOMENA y MAURICIO

ISAB. Hija! Carmen! Se me parte el corazón! No puedo más. (Desmayo.)

PAB. Isabel...! Isabel...!

RAM. Mauricio, vivo: agua, éter. No hay para qué alarmarse: es un desmayo... Ya vuelve en si... Animo, ya pasó.

FIL. Llora, hija, llora, es preferible.

RAM. Aquí no está bien; conviene llevarla á su cuarto... Está helada; es preciso acostarla enseguida.

PAB. No te asustes... Apóyate en mí.

FIL. Animo, Isabel...! No será nada. (Mutis los tres.)

ESCENA ÚLTIMA

D. RAMON y MAURICIO, luego D. PABLO

RAM. Mauricio: corriendo, á la farmacia Balasch; esta receta... (Escribiendo) Llévate la llave. (Mutis Mauricio.) ¡Quiera Dios darla fuerzas... y que aun sea tiempo...! ¡Pobre Isabel! ¡Pobre Pablo...! (Queda pensativo. Pausa.)

PAB. (Asomando y descompuesto.) Ramón! Ramón! Haz el favor; corre, por Dios!

RAM. Voy! Voy! ¿Qué pasa...? ¿Qué ocurre?

(Mutis corriendo hácia el cuarto de D. Pablo.)

TELÓN RÁPIDO



13 FEBRERO

ACTO II

La misma decoración; fundas en los muebles, piano, etc. Todo muy ordenado, triste y misterioso. Al levantarse el telón la escena sola durante breves instantes; luego Francisca, saliendo del cuarto de la Srta. Carmen.

ESCENA I

FRANCISCA saliendo del cuarto de la señorita, arreglando las cortinas y dejando entornadas las puertas, luego **MAURICIO**

FRAN. Muy bien; esto ya está, y algo es algo; todo queda según y conforme, como dicen en esta casa; parece la frase sacramental, y gracias á que Tomasa me entera de todo. Toma! Como que es de mi pueblo y es tan lista, y más habladora

que la hija de mi madre... por donde andará ahora Mauricio? Porque es el caso que ya no sé qué hacer; parece buena persona, pero eso de servir en casas donde los criados manden más que los amos, francamente, no me gusta; y cuidado que ese señor Mauricio, manda y ordena y dispone... Será moda, como dice Tomasa; vaya unas modas más raras... La verdad es que á mí también me gustaría mandar...; si al menos hubiese perro ó gato ó cotorra, pero ¡quiá! Si esto parece la funeraria; después de todo, quizá será mejor que me entienda con el criado, porque si es cierto que el señor tiene tan mal génio como dicen... Eso de que haya sido melitar tampoco me gusta... En fin, ellos dirán. (Aparece Mauricio.)

MAU. Qué jase V. aquí plantificá?

FRAN. Pues nada; ya V. vé: aguardando á que alguien me entere.

MAU. Cómo que arguien l' entere? Si le dije ya que debía arreglá er cuarto der ceñorito... pero deprisa... Ahonde va V. ahora? Ahí mugé, ahí; este es; entodavía no lo zabe?

FRAN. Es verdad; verá V., como es el primer día y una no conoce la casa... Hay también que abrir y cerrar los balcones?

MAU. Pues claro, muge; lo mesmo que los der cuarto de la ceñorita: ni mas ni menos, y que lo deje enluego too como está; las yaves en su armario y er secreter abierto. Se va V. enterando?

FRAN. Claro que sí: no es muy difícil que digamos. (Mutis)

ESCENA II

MAURICIO, luego D. PABLO

MAU. Y cuidao que es torpe... Pero en medio de too parece güena la chica. Creo que ya no farta na... Ce m' habrá orvidao argo? no, no, too está según y conforme... ¡Por vida de...! Si, hay qu'avisar á Tomasa, como tiene siempre la cabeza á pájaros y enluego jabla y charla más de lo que debe. (Mutis falso)

PAB. Mauricio! Mauricio!

MAU. Me llama er ceñor...?

PAB. Subiste á casa D. Ramón?

MAU. Cí, ceñó; y ar mesmo le entregué la carta.

PAB. Y á D.ª Filomena, la viste?

MAU. No ceñor; se levantaba de la cama entonces.

PAB. Y qué te ha dicho D. Ramón?

MAU. Pues m' ha dicho que ahora mesmo iría aonde sabe er ceñó: que enluego estaría de vuerta con la ceñorita, que D.ª Filomena está mu bien enteraa y que antes de las doce no fartaría en la capilla der Carmen, con el Padre... ay, ahora no m' acuerdo.

PAB. Con el Padre Anselmo.

MAU. Cí, ceñó: con el Padre Anselmo.

PAB. Entiendo; y la carta la leería, por supuesto.

MAU. Toma, toma, pues ya lo creo que si; la

leyó y releyó dos ó tres veces, sí ceñó; pues ahora m' acuerdo que D. Ramón ma dao esta otra para V. y ma dicho que en ella encontrará er ceñó toas las esplicaciones que jacen farta.

PAB. Venga, hombre, si por ahí debías haber empezado.

MAU. Er ceñó tiene mucha razón, más como tengo una caeza tan pequeña y estos dias m' han metío tantas cosas dentro, resulta...

PAB. Bien, bien, me hago cargo... Y dime, cómo se llama la nueva doncella?

MAU. Francisca.

PAB. Es verdad, lo había olvidado; ves tu mi cabeza? Como la tuya... Y por donde anda ahora esa... Francisca?

MAU. Arreglando er cuarto er zeñorito.

PAB. El de la señorita queda conforme?

MAU. Listo ya; fué lo primero que hizo.

PAB. Corriente; vamos á otra cosa: has visto al coronel?

MAU. Sí, señó.

PAB. Y qué te dijo?

MAU. Pue dijo: dile á D. Pablo que á la hora convenida saldrá er chico del cuartel y que al respective del sustituto, ya... Ay! María zantíssima...! Como dijo...?

PAB. Que ha ingresado?

MAU. Cabalito; sí señó eso mesmo.

PAB. Y á Sor Adela, la vistes?

MAU. Toma, ya lo creo que sí: jasta hablé con ella y con la señorita Carmen; y cuidao que está triste y desmejorá la señorita, la pobre da mucha pena. En... cuanto me vió rompió á llorar. Vaya, que partía el

corazón. Sor Adela la quiso consolá, pero quiá!

PAB. Por supuesto, que tu la dirías...

MAU. Sí zeñó too... Ella dice que sí, que ya tiene deseos de volverse pa cá; pero que la casa le da mucha aprensión.

PAB. Es natural... Más vale así.

MAU. En cuanto ar traje der zeñorito está ya listo; van á traerlo enseguida... y me parece que ya no falta naa...

PAB. Absolutamente nada; ahora descansa, que bien lo necesitas; yo voy á salir; si ocurre algo manda á Francisca; tu quedas dueño de casa, y á los señoritos ni una palabra.

MAU. Vaya er zeñó confiao.

ESCENA III

MAURICIO, luego FRANCISCA

MAU. Tiene razón D. Pablo; con el tragín de ayer y hoy ya no puedo más; vaya si necesito descansá... y cuidiao que viene cuesta arriba; trabajá después de seis meses de no hacer na! Bien que tampoco es cierto, porque jacer d' amo ya es hacer argo... De toos modos si bien se mira, más prefiero este movimiento á la calma chicha de antes; vaya unos seis meses! Como que m' han parecío más de veinte; en fin, ya se pasó... Echemos un pitillo... ¡Hola! Eres tú? ¿está ya eso?

FRAN. Sí, señor; está ya todo, según y conforme.

MAU. Dejó V. las persianas cerradas?

FRAN. Vaya, cerradas enteramente.

MAU. Y el balcón?

FRAN. También.

MAU. Corriente: siéntese V. ahora. Que se siente; la doy yo permiso.

FRAN. V.?

MAU. Pero criatura, no está V. viendo que ahora soy yo el amo? Por eso la digo que se siente, que yo la doy permiso.

FRAN. Perfectamente, pues me siento; vaya un trabajo más pesado, como tuviera que hacerlo cabales las veinte y cuatro horas del día, ya tenía yo bastante. (Pausa.) Oiga V.: es verdad que el señorito de esta casa es soldado raso?

MAU. Hay que distinguir: antes sí, mas hoy por hoy ya es cabo; es decir, tampoco es cabo, porque esta mesma mañana s' acaba too.

FRAN. Que se acaba too?

MAU. Claro, porque el señó ha pagao un sustituto.

FRAN. Otro que servirá en lugar del señorito?

MAU. Eso es.

FRAN. Y así el señorito...

MAU. Saldrá hoy der cuartel pa no volver en jamás.

FRAN. Y es verdad que tiene tan mal génio?

MAU. Quien, el zeñorito?

FRAN. No, D. Pablo.

MAU. D. Pablo? D. Pablo, mal génio? Pobre zeñó, si lo sabré yo; yo que le conozco dende que salió der colegio... En cuarenta años solo ma reñío una vez, y aun...

Me parece can llamao. Vaya á ver, y como traigan un traje, recójalo. (Francisca va y vuelve.) Esta vez ha sido esacto el maestro.

FRAN. Será para el señorito: pantalón, chaleco y americana... negro, todo negro.

MAU. Pues qué, había de ser blanco?

FRAN. Ay, es verdad, que todos están de luto, ya no me acordaba; y V. también?

MAU. A caso no soy de la familia?

FRAN. Y... es luto de la señora?

MAU. Naturalmente.

FRAN. Pues yo creía muerta á la señora desde hace tiempo.

MAU. Entodavía no hace seis meses cabales, mañana los cumple.

FRAN. Y ya se casa el amo otra vez?

MAU. Y V. cómo lo sabe?

FRAN. Toma, por Tomasa.

MAU. A esa Tomasa voy yo ajustarla las cuentas; como hubiese nasío muda revienta.

FRAN. También dijo que aquella señora de aquel retrato tan grande era D.ª Isabel; debió de ser muy guapa, verdad?

MAU. Y güena; un ángel, ya lo creo; pobre señora.

FRAN. ¿Y murió en esta casa?

MAU. No, quiá! Murió allá, muy lejos, en un pueblo de Francia, muy cerca del mar.

FRAN. ¿Y cómo no ha vuelto el señor hasta ahora?

MAU. Porque marchó luego á Londres, como toos los años.

FRAN. ¿Como todos los años?

MAU. Claro: pa cuidar unos intereses que tiene... allá mu lejos.

FRAN. Y V. solito aquí, ejerciendo de amo.

MAU. Eso es, ejerciendo de amo, solo que no había á quien mandar. Tomasa de paseo too el Santo día y yo en er comedor, liando pitillos.

FRAN. Valiente vida!

MAU. Muy güena pa otro, no pa mí, que no tengo yo ese carácter.

FRAN. (Pausa y con misterio) Y, dígame V.: ¿es cierto que los señoritos la mataron á disgustos?

MAU. ¿Y quién le ha dicho á V. eso?

FRAN. ¿Pues, de qué murió?

MAU. Sábelo Dios; yo entodavía no m' atrevío á preguntarlo. Cuando les veo á todos tan tristes, y sobre todo ar ceñó, me causa tanto respeto y tanto... Vamos, que no m' atrevo.

FRAN. ¿Y hace tiempo que está V. en la casa?

MAU. Friolera: más de veinte años; dende er día en que se casó er ceñó; la primera vez que comí aquí, fué er día de boda: cuanta! cuanta alegría había entonces. Sin embargo, yo servía ya d' asistente ar ceñó. Cuando D. Pablo entró en er ejército, estaba yo cumplío y solo pa ser su asistente tomé renganche; dentonces acá no me quitao de su lado; se casó, pidió er retiro... y así entré yo en esta casa... cuidiao si ha cambiao too! Me parece can llamao. V. lleve er traje ar cuarto der ceñorito, mientras voy yo abrir. ¿Será él?

(Mutis, cada cual por su lado y vuelven.)

ESCENA IV

CÁRLOS, conmovido; luego MAURICIO y luego FRANCISCA

CÁRLOS. (Pausa.) ¿No está papá?
MAU. No, ceñorito.
CÁRLOS. Esta chica... ¿quién es?
MAU. La donzella.
FRAN. Para servir á V.
MAU. Si quiere cambiar de traje er ceñorito, su papá me encargó ce lo indicase á V.
CÁRLOS. Es... traje de luto?
MAU. Naturalmente.
CÁRLOS. Y... ¿donde está?
MAU. En su cuarto de V., donde nadie entra mas que yo, para hacer la limpieza toos los sábados.
CÁRLOS. ¿Y la señorita?
MAU. Dende hoy volverá ella también á ocupar er suyo.
CÁRLOS. (Pausa.) ¿Qué personas frecuentan esta casa?
MAU. Nenguna, como no sea de vez en cuando D. Ramón. Ay! ceñorito, si esta casa parece un cementerio, too tan triste y tan solitario. (Pausa.)
CÁRLOS. Avísame en cuanto llegue papá.
(Vacila un momento y mutis.)
MAU. Está mu bien, ceñorito.
FRAN. Este es el señorito Cárlos? pues no parece tan malo.

MAU. Qué ha de parecé, mugé, too lo contrario; yo le he visto nacer y no le conozco.

FRAN. Qué triste viene, casi lloraba.

MAU. La verdad: ma dao mucha pena al verle. ¡Dios mío! Lo que ha cambiao en seis meses! Vamos, que no parece er mesmo.

FRAN. Y es guapo y buen mozo; que bien le sienta el uniforme.

MAU. Si su madre le viera ahora; pobre señora, ¡tanto como le quería! Una vez, estando el ceñó en Londres, cayó enfermo er ceñorito, pero muy enfermo, como que D. Ramón consultó con otro médico mu sabio y les pareció que se moría; pues durante toa la enfermeá, que fué mu larga, mu larga, D.ª Isabel permaneció día y noche junto á la cama, y cuando los médicos... Calle...! Sí... Un coche... Pts...! ha parao; vendrá en él la ceñorita.

FRAN. ¿La señorita? Me alegro; y cuanto deseaba conocerla.

MAU. Pues tendrá que esperá un rato.

FRAN. ¿Cómo? ¿Por qué?

MAU. Porque no; porque no puee ser ahora, porque er ceñó lo ha mandao.

FRAN. Solamente...

MAU. Que no, digo; vaya! vaya! A la cocina.

FRAN. Jesús...! Ya me voy; no parece sino... que... (Mutis, murmurando. Mauricio va á abrir. La escena queda sola breves momentos.)

ESCENA V

CARMEN de luto riguroso; D. RAMON, traje negro y sombrero de copa puesto, la sigue á cierta distancia; luego MAURICIO; los dos últimos quedan en segundo término. Carmen intenta entrar en su cuarto, no se atreve y cae sentada en la butaca junto á la mesa y prorrumpe en un lloro tan marcado y sentido como crea la actriz encargada de este papel; toda esta escena lo más solemne posible.

(Pausa.)

RAM. (A Mauricio, segundo término.) Mauricio: ¿ha llegado el señorito?

MAU. Sí, señor; está en su cuarto.

RAM. Dile que la señorita acaba de llegar.

(Mutis Mauricio.)

RAM. (A Carmen.) ¿Quieres pasar á tu cuarto? Te encontrarás mejor... Qué dices, Carmen?

CARM. No, no; estoy bien aquí.

RAM. Estarás en ayunas... Quieres tomar algo?

CARM. No, nada quiero... ¿Y papá?

RAM. No puede tardar... Quïen está aquí es Cárlos; ¿deseas verle?

CARM. Bueno.

MAU. Er ceñorito sale enseguida.

RAM. (A parte á Mauricio.) Oye, Mauricio: en cuanto llegue el coche, abre; que los señores no tengan que llamar, ¿entiendes?

MAU. Cí, ceñó.

RAM. Y avisa á D. Pablo que ya están aquí los señoritos.

MAU. Está mu bien. (Mutis)

ESCENA VI

D. RAMON y CARMEN, luego CARLOS, que se arroja en brazos de su hermana; los dos lloran hasta colocarse entre ellos D. RAMON.

RAM. Vamos, basta, basta ya, que le vamos á hacer! Dios lo ha querido, y hay que conformarse.

CARM. Pobre mamá!

CÁRLOS. Te quería tanto!

RAM. Tranquilizaos; vuestro padre va á llegar y si os encuentra llorando... no le convienen emociones; después de todo, la cosa no tiene remedio.

CARM. Y es cierto lo que dice Sor Adela?

RAM. Te refieres al casamiento...

CARM. De papá.

RAM. Y tan cierto.

CÁRLOS. Papá casarse? Imposible.

CARM. No puede ser.

RAM. Calma, calma, no os precipiteis y escuchad: vuestro padre, durante estos últiseis meses ha padecido mucho; ni los viajes ni los negocios que le llevaron á Londres han sido parte para animarle ni distraerle; sin otro consuelo que mis cartas, hablándole de vosotros.

CÁRLOS. Pero... V. sabía?

RAM. Todo, Cárlos, todo, hasta vuestros pensamientos; hemos tenido noticias tan detalladas y tan completas de vuestro comportamiento como consoladoras para nosotros. Al saber que te habían concedido los galones de cabo, tu padre lloraba de alegría; ¡tristísimo contraste en momentos tan dolorosos!

CÁRLOS. Pero es posible que papá...

RAM. Calmaos y atended: hoy podemos hablar con toda confianza; formales y juiciosos, os disponeis á caminar por la buena senda y no creo se os ocurra dar un nuevo disgusto á vuestro padre; Filomena, no porque sea mi hermana, pero es preciso reconocer que lo reune todo, tiene carácter, más en el fondo es buena.

CÁRLOS. De modo, que la madrastra es la hermana de V.

RAM. Y quien mejor que ella?

(Lo que sigue muy rápido.)

CÁRLOS. Ah, no, no; eso nunca.

CARM. De ninguna manera; jamás.

RAM. Ahí teneis á vuestro padre.

ESCENA VII

Dichos, D. PABLO y D.ª FILOMENA

CS Y CN (Abrazando á su padre.) ¡Papá...! Papá!!!

PAB. (Pausa.) Bueno, bueno, vamos, basta, basta ya! No más lágrimas... y oid: yo debo cuidar de vuestro porvenir, el me-

jor día me iré de este mundo y no está bien que os deje solos; hasta el presente habeis tenido muy poco juicio, y... supongo que tu...

RAM. Sí, ya están enterados.

PAB. Pues bien: aquí está D.ª Filomena...

C.s Y C.n No, papá, no; eso nunca.

PAB. ¿Nunca? Habeis dicho nunca? Pues queda resuelto desde este instante; es mi voluntad y basta, y ay! del que falte ni tanto así á vuestra segunda madre. (Movimiento de Cárlos y Carmen.) Sí, de una madre que respetaréis como á mí mismo. D.ª Filomena os vió nacer y os conoce, os quiere cual si fuerais hijos suyos, en fin, algún día lo comprenderéis. Por lo demás ya sé yo que no ha de ser para vosotros una madrastra, sino por el contrario, una amiga cariñosa, tan buena como enérgica y de carácter.

C.s Y C.n No, papá, no. Nunca podré...

PAB. Basta, dije; ni una palabra más! Filomena, Ramón, desde hoy esta es vuestra casa; tú, el amigo leal y generoso y ella vuestra segunda madre, la que fué amiga inseparable de mi pobre Isabel.

FIL. A quien juré no abandonaros mientras viva.

PAB. Vamos, Cárlos. Oye tú también, Ramón.

RAM. Permitidme un momento... luego iré.

PAB. Como quieras. (Mutis, llevándose á Cárlos.)

ESCENA ÚLTIMA

D.ª FILOMENA y CARMEN; D. RAMON en segundo término; luego MAURICIO

FIL. Tu crees que no se me alcanza alimenteis, sobre todo en estos momentos, alguna antipatía hácia mi? Gran temeridad sería por mi parte exigiros la más ligera muestra de cariño! no, hija mía, no! Yo solo os pido, y á tí, muy particularmente, consideréis lo mucho que tu madre y yo nos quisimos, cuanto he llorado su muerte, y que al velar por vosotros, y sobre todo por tí, no hago mas que cumplir un deber sagrado que me impone la memoria de aquella santa... Vamos, Cármen...! No llores, hay que conformarse... ¡Dios lo ha querido! (A Ramón.) Y tú, no vienes?

RAM. Al momento soy con vosotros. (Mutis doña Filomena y Carmen) Pues señor, esto marcha... Sale á pedir de boca; ahora todo depende de mi hermana, y como esa ya sabe... (A Mauricio.) ¿Qué hay?

MAU. Esta carta para el ceñó.

RAM. Venga. (Leyendo) Perfectamente. Mauricio, tu para nada salgas, y ten entendido que los señores no están en casa.

MAU. (Solo.) Bravo! Magnífico! Una mentira y gorda... la primera ende qu' estoy en esta casa. ¡Válgame Dios...! Y como cambian los tiempos! (Sentándose y liando un pitillo.)

TELÓN

● ● ● ● ● ● ● ●

20 FEBRERO



ACTO III

La misma decoración. Todo muy ordenado. Un timbre.

ESCENA I

CARMEN sentada junto á la mesa, en actitud de escribir.

CARM. ¿Qué quieres?
FRAN. ¿Llama la señora?
CARM. No... Oye, Francisca: ha llamado álguien esta mañana?
FRAN. Nadie, señorita.
CARM. ¿Cómo nadie?
FRAN. Ah! Sí, el cerrajero.
CARM. Para qué?
FRAN. No sé; D. Ramon lo mandó buscar.
CARM. ¿Y donde está D. Ramón?
FRAN. En el jardín.
FRAN. ¿Y D.ª Filomena?
FRAN. En el jardín.

CARM. ¿Y Mauricio?

FRAN. También está en el jardín, todos, y si la señorita desea que yo vaya...

CARM. No, no deseo nada; puedes retirarte. (Mutis Francisca.) Qué pasará en el jardín? Otro misterio?

ESCENA II

CARMEN y CARLOS

CÁRLOS. Carmen, ¿en qué estás pensando?

CARM. En nada, escribo.

CÁRLOS. ¿A quien?

CARM. Pues, á mis hermanas de convento.

CÁRLOS. Y... ¿qué las dices?

CARM. Ni lo sé; se me pasan las horas empezando cartas y borradores.

CÁRLOS. Sin embargo, ayer escribiste á Sor Adela... ¿para qué?

CARM. Tampoco lo sé.

CÁRLOS. Pobre Carmen! Quieres engañarmé ó tratas de engañarte á tí misma.

CARM. Quizás tengas razón. Ay! Cárlos, se me ocurren unas cosas tan tristes, me asaltan ideas tan extravagantes, estos ocho días de madrastra, se me antojan siglos... luego, todos hablan bajo, con misterio, á medias palabras; confiesa que es raro, muy raro, cuanto acontece en esta casa.

CÁRLOS. No solo encuenfro raro lo que aquí sucede... sino... que...

CARM. Acaba.

CÁRLOS. Todavía me parece más incomprensible lo que ocurre fuera.

CARM. ¿Lo que ocurre fuera? No comprendo.

CÁRLOS. Me refiero á la vida que lleva papá; cuanto más lo medito menos lo entiendo, que quieres que te diga; ayer mismo, cuando después de comer me quedé solo con D. Ramón, entró Mauricio con una carta de papá; ya ves tú, de papá, estando en casa viviendo juntos.

CARM. ¿Y por qué no le preguntas á Mauricio?

CÁRLOS. Hubiera sido inútil: nada sabe ó finje no saberlo, lo cierto es que se calla como un muerto.

CARM. Conoces á esa señora que viene todos los días?

CÁRLOS. Casi debo decirte que no; ayer hablé con ella por primera vez, se muestra tan misteriosa y reservada como todo lo que nos rodea, solo pregunta por la madrastra: «está la madrastra?» «puedo ver á la madrastra?» y madrastra va y madrastra viena, nunca dice D.ª Filomena.

CARM. Hay más; y fíjate bien en lo que voy á decirte, ó mejor, en lo que voy á preguntarte. Ayer, al salir yo con D.ª Filomena entró papá muy agitado y...

CÁRLOS. Pts! Cállate; han llamado, será la vieja misteriosa.

ESCENA III

Dichos, FRANCISCA

CARM. ¿Quién?

FRAN. Una mandadera ha traído esta carta para la señorita.

CARM. La que vino el sábado?

FRAN. ¿El sábado...? No recuerdo... Ah, ya caygo; no, señorita, es otra, esta es más jóven; qué le diré?

CARM. Que espere un momento... sino, no; puede marcharse. (Mutis Francisca.)

CÁRLOS. Y... de quién es la carta?

CARM. De Sor Adela.

CÁRLOS. Lo ves? contestación á la de ayer tarde; no se dan poca prisa.

CARM. Toma, ¿quieres leerla?

CÁRLOS. Veamos lo que dice Sor Adela. (Leyendo.) «Mi querida Carmen, ya sabes que te quiero como á una hermana y como á tal debo aconsejarte no quieras volver al convento, tú eres buena, mas Dios no te ha llamado para servirle en el claustro, ni debes abandonar la casa paterna. Tu segunda madre ó madrastra, como te obstinas en llamarla, te desagrada porque te has empeñado en que te desagrade; aquí todos conocemos á esa buena señora, y créeme, Carmen, vale más de lo que tu dices. D.ª Filomena fué una amiga de tu santa madre, como desgraciadamente no se encuentran; cálmate, procura distraerte, no quieras engañarte á tí misma y cuida mucho del bueno de tu padre. Todas las hermanas te saludan y hacen votos por tu felicidad. Tu invariable en Jesucristo, Sor Adela!!» (Hablando.) Si quieres que te hable con franqueza, Carmen, no es ese el camino.

CARM. Si quieres que te hable con franqueza, Cárlos, estoy más que cansada y aburrida de la madrastra.

CÁRLOS. También yo, tanto, que gustoso volvería al regimiento, antes que seguir viviendo en esta casa.

CARM. Quién te lo impide?

CÁRLOS, Papá.

CARM. Pues no te deja el campo libre? En pocos días te lo ha dicho várias veces.

CÁRLOS. Por lo mismo no debo abandonarle; papá nos trata cada día con más cariño, olvidado de lo pasado y pensando solo en nuestro porvenir, bondadoso contigo, condescendiente conmigo, darle hoy un nuevo disgusto quizá nos haría llorar otra desgracia irremediable! Créeme, Carmen, no pienses más en ello... y ahora que nadie nos oye, dime: ¿no te parece extraña su conducta con la madrastra, siempre tan reservado con ella, tan indiferente, tan frío, él, siempre atento y cariñoso con mamá? Vamos, que no parece el mismo... Y no has notado otra cosa muy singular?

CARM. Sé lo que vas á decirme: que papá raras veces come en casa, y sale todas las noches. ¿Sabes donde vá?

CÁRLOS. No, y tú?

CARM. Tampoco.

CÁRLOS. Le has sentido volver alguna vez?

CARM. Nunca, y cuidado que muchas las paso en blanco, desvelada, contando las horas; más todo esto no impide que doña Filomena, faltando á lo prometido al entrar en esta casa...

CÁRLOS. Ay! Carmen! El amor de madre solo se encuentra una vez en la vida.

CARM. Harto lo sé; no pido tanto ni quiero im-

posibles; más el despotismo de esa D.ª Filomena me exaspera; todo es mandar, exigir, hablando siempre de un modo y con unas maneras...

CÁRLOS. No, Carmen, no; te equivocas: manda como todas las señoras; exije como todas las madrastras y habla como todas las mujeres; mamá era la que en nada se parecía á las demás, la que de todas se distinguía con aquella voz que llegaba al alma. Pobre mamá! Tan buena!

CARM. Y pensar que ya todo se acabó para siempre, y por nuestra culpa.

ESCENA IV

Dichos, D.ª FILOMENA

FIL. Buenos días; he dicho buenos días. ¿Estais sordos?

CÁRLOS. No, señora; estaba distraido.

FIL. Y tú, también estabas distraida?

CARM. También. (Pausa.)

FIL. Carmen, llégate al comedor y en una silla, junto al aparador, encontrarás mi pañuelo, tráelo. Aguarda, échale unas gotas de agua de rosas, del frasco que hallarás en el estante á mano derecha. Donde está tu padre? (Mutis Carmen.)

CÁRLOS. En mi cuarto.

FIL. ¿Qué hace?

CARM. Escribe.

FIL. ¿Y á mi hermano, le has visto?

CÁRLOS. No, señora.

FIL. Y Mauricio, por donde anda?

CÁRLOS. No lo sé.

FIL. Bajaste al jardín?

CÁRLOS. Acababa de salir de mi cuarto cuando V. entró; ya sabe V. que nunca voy...

FIL. Bueno, bueno, basta, no pregunto tanto; toca el timbre.

CÁRLOS. No suena; está roto.

FIL. Vaya una gracia; anda, busca á Mauricio y dile que venga; son testarudos como ellos solos; no importa, ya se irán domando; por lo que toca á Cárlos menos mal, se deja llevar y acabaremos por entendernos; en cuanto á esa señorita Carmen... esa dará mas que hacer.

MAU. (Saliendo.) Qué manda la señora?

FIL. Pregunta á Tomasa como está el almuerzo.

MAU. Ar momento. (Mutis.)

FIL. Cárlos, llama á tu hermana y sepamos qué hace.

CÁRLOS. Ahí viene.

CARM. El pañuelo.

FIL. Creí que te habías dormido.

CARM. Buscaba el frasco, que no estaba en el estante de la derecha como V. dijo, sinó en el cajón de la izquierda.

FIL. Bueno, basta. Siempre has de llevarme la contraria. Quién estaba aquí hace poco?

CARM. Francisca.

FIL. Qué queria?

CARM. Me ha entregado esta carta.

FIL. ¿De quién?

CARM. De Sor Adela.

FIL. Y se puede saber qué dice? Qué quieren esas monjas?

CARM. Nada, consejos; los consejos de rutina, lo de siempre, que procure distraerme, que cuide mucho á papá y que las encomiende á Dios.

FIL. Has contestado?

CARM. Todavía no, contestaré mañana.

FIL. Si Dios quiere!

ESCENA V

Dichos, D. PABLO, luego MAURICIO

CARM. Buenos días, papá.

PAB. Buenos días; cómo has pasado la noche?

CARM. Como todas.

PAB. Tampoco has dormido?

CARM. No, papá.

PAB. Válgame Dios, y Ramón ha salido?

CARM. No sé, papá.

MAU. D. Ramón está en el jardín.

PAB. ¿Solo?

MAU. No, señor; con el cerrajero.

PAB. Con el cerrajero?

MAU. Zi, zeñó; están componiendo no se qué cosa que impide abrir la puerta falsa que da ar cayejón.

PAB. Está bien.

FIL. Y el almuerzo?

MAU. Ma dicho Tomasa que deseguida.

FRAN. Cuando los señores gusten? están servidos.

FIL. Pues vamos, Cárlos, Carmen.

CARM. ¿Y tú, papá, no vienes?

PAB. No: hoy almorzaré fuera, en cámbio esta noche comeremos juntos; anda, Cárlos, y tu también Carmen; Muricio, no te vayas.

MAU. Er zeñó tiene argo que mandarme?

PAB. Sí: espera. Faltan quince minutos, sobra tiempo; mi sombrero? (Para sí.) Ramón quiere que sea hoy y lo mismo opina Filomena; después de todo, el momento no puede ser más oportuno.

MAU. Señor. (Dándole el sombrero.)

PAB. Mauricio: un coche.

MAU. Ar momento, zeñó.

FIL. Aguarda: no quiero un coche de plaza, nada de eso; llégate á la casa Martín, sabes?

MAU. Sí, señó, Meninaceli, 3 bis.

PAB. Le dices que enganche una berlina, te vienes en ella, y avisa en cuanto llegues; te has enterado?

MAU. Sí, zeñó. (Mutis.)

ESCENA VI

D. PABLO, luego CARLOS

PAB. No hay duda que esa Filomena es toda una mujer, todo un carácter; digna hermana de Ramón. Hoy cumplen los ocho días de su gobierno en esta casa y todo ha cambiado radicalmente; estos chicos no

parecen los mismos, sobre todo Cárlos... Pero yo creo que la impresión causada por la muerte de su madre ha podido mas que todo. (Aparece Cárlos.) Hola! Cárlos! Almorzaste ya?

CÁRLOS. Sí, papá.

PAB. Tan pronto?

CÁRLOS. No tengo apetito, esta vida tan sosa, tan monótona, tan inactiva... me cansa, me aburre y... ni me gusta.

PAB. Ni te conviene; ya conoces el refrán: «la ociosidad es madre...»

CÁRLOS. Sí, del aburrimiento, lo sé; por lo mismo quisiera...

PAB. Volver con D. Ricardo? Precisamente ayer hablé con Mr. Delonay.

CÁRLOS. No es eso, todo lo contrario; tu sabes cuan agradecido estoy á Mr. Delonay, y nada tengo que decir de D. Ricardo; se han portado conmigo como no podía esperar, más... volver hoy...

PAB. Si prefieres la casa Inglan, puedes elegir. Demetrio es amigo de la infancia y te recibirá con mil amores. Allí está también Ruiz, verdad que tu no les conoces.

CÁRLOS. Pues por lo mismo, prefiero aquello que menos me recuerde la vida pasada.

PAB. Comprendo, Cárlos, mañana quedará todo arreglado... Tienes algo más que decirme?

CÁRLOS. Sí, papá; quisiera hacerte una pregunta... y no me atrevo.

PAB. Puedes atreverte á cuantas gustes... ¿Qué te detiene?

CÁRLOS. El temor... de disgustarte.

PAB. Disgustarme? Y por qué? De ninguna

manera, no faltaría más, no seas niño! Vamos, dí, de qué se trata?

CÁRLOS. Pues se trata de tus salidas nocturnas; todas las noches, después de comer ó no comer con nosotros, sales de casa.

PAB. Es verdad.

CÁRLOS. Sería indiscreto... preguntar...

PAB. Acaba.

CÁRLOS. ¿Dónde vas?

PAB. (Con intención.) Hoy lo sabrás.

CÁRLOS. Es que nunca te siento volver.

PAB. Nada más natural: cuando yo vuelvo, tu duermes.

CÁRLOS. Y aquella señora que viene casi todos los días... ¿quién es?

PAB. Hermana del Padre Anselmo, condiscípulo mío y director del cologio Balmes.

CÁRLOS. Perdona mi curiosidad; como no la conocía... y ¿á qué viene?

PAB. Hoy lo sabrás todo.

CÁRLOS. ¿Todo?

PAB. Sí, todo lo que me has preguntado... y... algo más. Hola, Carmen! Almorzasteis?

ESCENA VII

Dichos, CARMEN, luego FRANCISCA

CARM. Sí, papá; te creía fuera, perdona os haya interrumpido, si estorbo...

PAB. De ninguna manera, al contrario hija mía... ¿Tú qué quieres?

(A Francisca que sale foro izquierda.)

FRAN. Manda D.ª Filomena que entren los señoritos.

CARM. ¿Para qué?

FRAN. Como se han olvidado de decir las gracias.

CARM. Lo ves, papá? Si parece burla.

PAB. Ah! No, hijos no, ante todo hay que obedecer; anda, Carmen, y tú también, Cárlos, es cuestión de un momento.

CARM. Ay! Bendita madrastra!

ESCENA VIII

D. PABLO, luego MAURICIO y luego D. RAMON

PAB. Los desconozco... parece un milagro; con cuanta verdad dice Ramón «que el corazón humano es un libro tan interesante como incomprensible...» Las once, no perdamos tiempo, llegó la hora. Aquí está Mauricio.

MAU. D. Pablo, abajo está la berlina.

PAB. Si preguntan por mi, vuelvo enseguida. (Mutis.)

MAU. Bien está; Jesús qué cosas tan raras y tan misteriosas: toos jablan quedo; nadie come, ni D. Pablo, ni er señorito Cárlos, ni la ceñorita... Solo D.ª Filomena jabla recio y come bien; esa si que hubiera sido un buen melitar, porque tiene mucha ordenanza; tocante á los ceñoritos bien quisiera equivocarme, pero barrun-

to que van á hacer una trastá de las gordas; toas esas cartitas con las monjas y recaeras, y la reserva del ceñorito Cárlos me dan muy mala espina... Y D. Ramón y el cerrajero qué lío se traerán entre manos... y toas esas idas y venidas del ceñó, siempre en coche, corriendo, jaciendo las cosas ar minuto y consurtando er reló... Vaya, que no lo entiendo; lo cierto es que toos van y vienen y se les jace tarde... y nadie jace naa. Llevo más de veinte años de estar en esta casa y otros veinte de servicio melitar, no soy curioso, ni ma gustao nunca meterme en lo que no m'importa, más apostaría que otro en mi lugar...

(D. Ramón vestido *neglijè*.)

RAM. Mauricio: ¿Donde están los señoritos?

MAU. Con D.ª Filomena.

RAM. ¿Y D. Pablo?

MAU. Ha salido.

RAM. ¿Sólo?

MAU. Sí, ceñó; solo y en coche.

RAM. ¿Donde está la llave de la puerta falsa?

MAU. Ce me figuraba que V. tenía una.

RAM. ¿Y la otra?

MAU. La otra la tengo yo; me la entregó el cerrajero al marcharse, y como no dijo esta boca es mía...

RAM. Dámela; necesito las dos, pero hazte cargo que no tengo ninguna...

(Mutis y vuelve.)

MAU. Vamos, otra cosa que no entiendo, no hay duda que mi cabeza es muy chica, ó aquí va á pasá argo mu gordo.

RAM. Mauricio! Vente conmigo.

(Mutis los dos al jardín.)

ESCENA IX

CARLOS y CARMEN, discutiendo.

CARM. No, no; es inútil, enteramente inútil, te cansas en vano, ni oigo razones ni quiero consejos; sor Adela dirá lo que quiera, pero esto no puede seguir así.

CÁRLOS. No, si ya no insisto, al contrario, yo tampoco puedo más; se acabó, hoy le hablo claro á papá; antes que quedarme con esa madrastra, al regimiento ó á cualquier parte.

CARM. Cuando la veo tan satisfecha ocupando el puesto de mamá se me enciende la sangre y me dá una rábia, que de buena gana la agarraría del moño.

CÁRLOS. No, Carmen, no; ya sé que no lo harás, con ello solo conseguiríamos dar otro disgusto á papá.

CARM. Cree que esto solo me detiene; pero yo no puedo, ni quiero permanecer un día más en esta casa; hoy mismo es preciso que hables á papá clarito y terminante, estoy segura que no se incomodará.

CÁRLOS. Mejor será que tu misma...

CARM. Te equivocas; quien debe hablarle eres tú.

CÁRLOS. Bueno; le hablaremos los dos.

CARM. Pero ha de ser hoy, ahora mismo en cuanto llegue.

(Aparece Ramón.)

ESCENA X

Dichos, D. RAMON

RAM. ¿Queréis que le hable yo?

CÁRLOS. ¡Cómo...! Y V. sabe...?

RAM. No he de saberlo? se trata de mi hermana.

CARM. Y lo dice V. de veras?

RAM. Y tan de veras; ¿dudais de mí?

CÁRLOS. De ningun modo, bien al contrario, y cuente V. con nuestro agradecimiento; mire V., D. Ramón, con toda franqueza yo reconozco, y Carmen también, la bondad de su hermana, sus virtudes, sus buenos deseos, todo lo que V. quiera.

RAM. Pues entonces...

CÁRLOS. Me explicaré: lo que hay es que ni Carmen, ni yo...

RAM. Lo que hay es que vosotros echais de menos á la pobre Isabel; os falta la madre, aquella mamá...

CÁRLOS. Que solo se encuentra una vez en la vida.

RAM. Perfectamente, lo comprendo; tanto, que me obligo á hablar á vuestro padre en la forma y modo que más os agrade, y si os parece haré entender á mi hermana...

CÁRLOS. No; á su hermana de V. creo más conveniente no decirla una palabra, podría ofenderse, y después de todo, ¿para qué?

RAM. Bueno, bueno; como gusteis y cuando gusteis.

CÁRLOS. Lo más pronto posible.

CARM. Y si no es mucho pedir, ahora mismo.

RAM. Pues ahora... (Se oye la voz de D. Pablo. Silencio; aquí está vuestro padre, dejadme.

ESCENA XI

Dichos, D. PABLO, luego MAURICIO

PAB. Hola, Ramón, ya todo queda arreglado.

RAM. Pts... (Haciéndole una seña.) Tengo un encargo para tí.

PAB. Un encargo?

RAM. Sí; pocas palabras.

PAB. Dí.

RAM. Pues sin rodeos. Carmen y Cárlos no quieren... es decir..., no pueden seguir viviendo en esta casa..., les falta la madre y les sobra la madrastra; no, no, no me interrumpas, hay que llamar las cosas por sus nombres, la madrastra, se les hace cada día más antipática, más insufrible y más insoportable.

PAB. ¿Acabaste? Pues hazme el obsequio de irte con la madrastra y déjame á mi con ellos. (Mauricio visiblemente afectado.)

MAU. Señor! Ceñó!

PAB. ¿Qué ocurre...? ¿Qué hay?
(Se hablan al oido.)

RAM. (A los chicos.) Supongo que no os quejaréis de mi; creo que más claro y terminante...

PAB. Ramón.

RAM. ¿Qué quieres?

PAB. Poca cosa. (Con misterio.) Mauricio te enterará. (Mutis Ramón y Mauricio.)

ESCENA XII

D. PABLO, CARLOS y CARMEN

(D. Pablo cierra todas las puertas, pausa y misterio.)

PAB. Carmen, acércate, y tu también, Cárlos... más... así; sentaos. ¿Por qué encargar á Ramón, lo que vosotros podeis decirme? Aquí estoy para escucharos; vamos... empieza tú, Carmen, estoy dispuesto á oirlo todo, á hacerlo todo por vosotros... hasta á echar de casa la madrastra si es preciso.

CARM. Echar de casa á D.ª Filomena?

PAB. Por qué no? Todo puede conciliarse buenamente..., ea, qué más quieres...? dí.

CARM. Quisiera... marcharme de esta casa.

PAB. Marcharte de esta casa? ¿Abandonarme?

CARM. No, papá; no es eso.

PAB. Pues entonces qué queréis? No os entiendo. (Pausa.)

CARM. Por qué no nos vamos todos?

PAB. ¿Todos? Sabeis lo que pedís? Esta casa es nuestra, siempre lo ha sido; aquí nacieron mis padres, que en gloria estén, aquí nací yo, aquí nacisteis vosotros, estas paredes me son queridas, y cuanto nos rodea es sagrado para mí; su abandono sería mi muerte. ¿A qué salir...? A qué marcharnos?

CARM. Ay! papá!

PAB. Dí por qué quieres irte?

CARM. Ay! papá! El por qué no sé explicarlo; verdaderamente no puedo ver á otra muger ocupando el puesto de mamá, y aun

cuando esa mujer no existiera tampoco podría continuar viviendo en esta casa, ¡siento añoranza! Todo me la recuerda, muebles, objetos, palabras, cuando llaman... y hasta el aire que respiro; diría que aun vive entre nosotros, la veo siempre, á la mesa, en mi cuarto, en todas partes, á todas horas... y durante las noches, cuando desvelada y triste suspiro, me parece oirla diciéndome con aquella voz tan dulce: qué tienes, Carmen? Duerme, hija mía, duerme! Y siento un pesar y no duermo, y lloro y llamo á mamá y mamá no viene nunca, nunca...! nunca...! (Llora.)

PAB. (Pausa) ¿Y á tí, Cárlos, qué te sucede, también quieres irte?

CÁRLOS. Sí, papá, y léjos, lo más léjos posible; aquí me encuentro mal. Ayer mismo, después de almorzar, tú no estabas, los criados tampoco; Carmen había salido con D.ª Filomena, quedé solo, los balcones abiertos y el sol entrando hasta aquí; pues tuve miedo! Un miedo estraño, como nunca había sentido una añoranza! como dice Carmen, que me oprimía, hubiera jurado que mamá iba recorriendo las habitaciones de la casa, yo buscándola por todas partes, en el recibimiento, en el comedor, en la sala, en el despacho; hasta que por primera vez desde su muerte, entré en tu cuarto, en el cuarto de mamá! y allí estaba, viva, tranquila, sonriente; no puedo esplicar lo que sentí! lo que siento todavía delante de aquel retrato, ante el que tantas veces pasé indiferente, caí de rodillas,

mis ojos fijos en los suyos, mientras llorando le decía: habla, mamá, habla y perdona á tu Cárlos, que te quiere con toda su alma. (Pausa.)

PAB. Y tú, Carmen, también le pedirías perdón?

CARM. Ay! papá mío! Con todo mi corozón.

PAB. (Con calma.) Pues bien... ya estais perdonados.

CÁRLOS. ¿Perdonados? ¿Y quién nos puede perdonar?

PAB. Vuestra madre.

CARM. ¡Mamá! (Asombro creciente hasta verla.

PAB. Sí.

CARM. ¿No ha muerto?

PAB. No.

CS Y CN ¡¡¡Vive!!!

PAB. Sí.

CS Y CN ¡¡¡Vive, vive mamá!!!

PAB. ¿Quereis verla? (Aparece Isabel.)

CS Y CN A mamá? Donde está? Donde estas? Mamá!!

ESCENA ÚLTIMA

Al decir «vive mamá,» aparece la madre, foro izquierda; D. RAMON y D.ª FILOMENA procuran detenerla hasta oir el último «donde está mamá?» entonces grita: «aquí, hijos míos,» y se arroja en sus brazos; hasta este preciso momento ni CARMEN ni CARLOS ni D. PABLO han notado su presencia; todo lo dicho, rápido, como el pensamiento y á la discreción de los actores.

ISAB. Aquí, hijos míos!!!

CS Y CN Mamá! mamá mía!!

ISAB. En mis brazos: este es vuestro sitio.

(Isabel, Cárlos y Carmen formando grupo abrazados; á su derecha D. Pablo, á la izquierda doña Filomena y D. Ramón. En segundo término Mauricio, casi llorando.)

CARM. No estabas muerta?

ISAB. Ya lo veis.

CÁRLOS. De manera que todo ha sido...

ISAB. Obra de D. Ramón; este si que es un sábio.

RAM. Por Dios, Isabel.

CARM. Usted, D. Ramón...? Y como sabía...

RAM. Poniendo en práctica aquel precepto: «A grandes males...

PAB. Grandes remedios...» Y ahora, Cárlos, quieres que te explique...?

CÁRLOS. No, papá, no... ¿para qué?

ISAB. Y á tí, mi buena amiga ¿cómo podré pagarte...?

FIL. Con un abrazo. (Abrazadas) Y vosotros... ¿no echais de casa á la madrastra?

C.ˢ Y C.ⁿ Oh! No! Nunca! Nunca!

PAB. Todo por vosotros y para vosotros... y no olvideis los seis meses de luto.

ISAB. (Abrazando á sus dos hijos.) Seis siglos han sido para mí, toda una eternidad de ansiedades y temores; en cámbio les he visto llorar... mira, aun lloran. El corazón me dice que todo ha cambiado y el corazón de una madre no se engaña.

TELON

OPINIÓN DE LA PRENSA

LA PUBLICIDAD

No podrá achacarse al autor que haya salvado la obra por la práctica y habilidad teatral, porque precisamente parece como que se ha complacido en desechar las recetas en boga, merced á las cuales se logran efectos teatrales que deslumbran al gran público, y que la mayor parte de las veces sirven para encubrir la variedad del fondo.

En la comedia que nos ocupa, no hay frases pseudo conceptuosas de las que levantan tempestades de aplausos entre los aficionados á la retórica hueca, ni se busca en finales de acto bien preparados el efecto apetecido. Precisamente peca quizá por el exceso contrario. De tres actos consta y todos cortísimos, en los que los personajes resultan abocetados, pero acusando las líneas por lo vigorosas, en síntesis, el carácter de cada uno de ellos.

Tiene la comedia además de sus toques dramáticos, un fin ético que la avalora: el hacer revivir en los hijos el cariño maternal por la añoranza del bien perdido. Revela la comedia estudio del natural, y dotes de psicólogo en su autor; está sentida sinceramente y hablada con naturalidad. Por su calidad de boceto resulta la co-

media algo descarnada para los que se recrean en las filigranas de la forma y en las habilidades del metier. Satisface ver que la tendencia iniciada por algunos autores va adquiriendo prosélitos, y un día, Gual, con su «Silenci;» otro, Iglesias, con «Els primers frets,» y últimamente Urgell, predican con el ejemplo y procuran desterrar del teatro cuanto huele á convención y e aparta de la realidad de la vida, que cuando se sabe sentir y expresar con sinceridad, la complejidad de sus manifestaciones constituyen un manantial inagotable para el arte. El público aplaudió al final de todos los actos pidiendo el nombre del autor, que resultó ser el pintor D. M. Urgell. La compañía representó la comedia con mucho cariño, resultando un buen conjunto. La Sra. Mena dió mucho relieve á su papel y el Sr. Tutau sostuvo muy dignamente el suyo, habiéndose distinguido en la escena que hemos mencionado anteriormente la señorita Domus y el Sr. Salvat. Ambos dijeron con emoción sincera su parte, sin recurrir á efectismos que deben desterrarse por completo, cuando se presenta una obra moderna porque así se logra expresar lo que se ha propuesto el autor, haciéndolo sentir, intensamente al público.

Reciban nuestro aplauso.—C.

LA VANGUARDIA

Conocía la obra del amigo Urgell por haberme dispensado el obsequio de leérmela algunos días ántes de su estreno, con lo cual dióme ocasión de manifestarle mi franco parecer, y de paso disipar ciertos recelos que el autor tenía, respecto al efecto que había de producir en el público la situación culminante ó sea la reaparición de la madre, cuando todo el mundo ha de creerla muerta y enterrada.

Nada temas—le dige—la situación es hermosa, es sobre todo consoladora, y el sentimiento que despertará

en el público tú verás como se sobrepone al artificio de su preparación. Y así sucedió en efecto: este momento, que es todo el drama, arrastró á los espectadores hasta el punto de que la noche del estreno veíase despuntar las lágrimas á muchos ojos.

Así me complazco en consignarlo, etc., etc., etc.

J. Roca y Roca.

LA RENAIXENSA

Es una obra en la que no hi ha rebuscaments ni efectismes, ni fullaraca inútil; la llisó merescuda que dona un pare á sos dos fills, es un pensament moral que entranya una gran llissó pe 'l públich; una llissó de sobrietat, de bon gust, de realisme ben entés y fins de modernisme ab sentit comú y porvenir, que 's tot lo que 's pot arribar á dir del modernisme. La aparició soptada de la mare, es d' un efecte completament sugestiu, tan ben preparat, que no sembla sino que l' autor tinga llarga experiencia en l' art dramátich; desitjam no s' adormi sobre 'ls llaurers y que seguexi escribint per el teatro.—Nomar.

DIARIO DE BARCELONA

El desarrollo del nuevo drama se encuentra dentro del sistema que ha empezado á aparecer en nuestros teatros y que algunos llaman modernista. Este sistema es el de la verdad real trasladada á la escena con la mayor exactitud posible, lo cual no es moderno en el teatro, supuesto que en otras épocas se ha intentado con mayor ó menor fortuna, siendo en España prueba evidente de lo que afirmamos, las comedias de Moratín y Gorostiza. El drama estrenado ayer interesa á los espectadores por la naturalidad con que están presentadas todas

las escenas. Hay, en efecto, verdad extraordinaria en cuanto pasa en las tablas, hay sentimiento delicado en ocasiones, intenso en otras. La acción se sucede con rapidez, en línea recta hasta llegar al desenlace. En suma, el drama reune méritos nada comunes; así lo entendió el público al aplaudirlo y al llamar con insistencia á las tablas al autor, manifestando el señor Tutau que el drama era original de D. Modesto Urgell.

EL PABELLÓN NACIONAL

No queremos entrar en la eterna cuestión de si el modernismo es ó no estético, bástanos afirmar que la obra de Urgell, modernista ó no, es humana y estética, digan lo que quieran los críticos á quienes convierte en víboras la envidia; el pintor catalán ha ilustrado con una obra magistral nuestra literatura. Que la obra de Urgell conmueve al auditorio, no lo negará nadie que asista al teatro Principal.—*10 Marzo 1898.*

EL TEATRO REGIONAL

L' obra cau de plé dintre l' escola moderna. L' acció se desarrolla ab gran naturalitat y els personatjes que hi intervenen son tallats de má mestra; ab aquesta obra ha donat un gran pas nostra dramática regional.

(Sección de teatros.)

DEL MISMO AUTOR

Un terròs de sucre, bilingüe. . . . 1 acto.
Qui sap, *Katufol*.. . . . . 2 »
El Cráneo Universal, monólogo. . 1 »
Marta Rogent, melodrama. . . . 4 »

Estampa. LA CATALANA, Dormitori de St. Francesch, 5.